

CUENTOS ESTRAMBÓTICOS

EL LOGARITMO (1)

I



A gente corría á la desbandada por la calle de Sevilla, mientras los cacharrazos de una pistola del quince, semejantes al estampido de doscientos mil cañonazos, atronaban el espacio.

—¿Pero qué es lo que pasa? ¿qué sucede?—se me ocurrió preguntar á un guardia que en su carrera desenfrenada había perdido el casco y el sable.

—¡Ná! ¡Ná, señor! ¡un café, un bestia que ha promovido en ese café de ahí un broncazo y se ha enredado á coces y mamporros con los transeuntes y lleva ya quince ó diez y seis heridos!

—¡Atiza!—exclamó mirando hacia donde señalaba el guardia y donde un *tío* que habíase quedado dormido completamente solo, hacía añicos los chirimbolos de cristal colocados encima de los veladores.

Me dió un vuelco el corazón. Allí, allí estaba, aquel era Oliverio Polo, el magnífico, el Gran, el piramidal Oliverio.

Apenas me advirtió, arrancóse hacia mí como un *morlaco* dispuesto á hacerme polvo de un puntazo.

—¡Pero hombre! ¡Oliverio! ¡No seas bruto!—lo reproché—¿qué te ocurre?

—¡Ven! ¡ven á mis brazos querido! ¡Pero calla! ¿estás de luto, de negro de carbón, de tinta? ¿Por quién? ¿por qué? ¿por dónde? ¿cómo? ¿cuándo?—Polo se ponía vizco, muy vizco, infinitamente vizco y torcía la boca hasta uniría con la oreja izquierda.—¡Bueno pues ahora todos vamos á estar de luto, de dolor porque estás tú! ¡Ay qué dolor, Sarmiento!—y Oliverio, el equilibrado Gitano, le sopló un tiro á boca de jarro á un pobre auriga de un armatoste de alquiler.

—¡Cafre! ¡Cernicalo!—á la fuerza le quité de la diestra el *Charrasco*.

Mi amigo sudoroso, jadeante se dejó caer en una silla de junco del café y pidió cerveza.

El público aglomerado á veinte pasos de nosotros, nos contemplaba por los cuatro costados como á dos seres extraños.

Yo hacía esfuerzos inauditos por sustraer á Oliverio de la admiración popular, porque estaba viendo que le *escamoteaban* la cabeza.

—¿Tú no sabes lo que me ha pasado?—preguntóme algo más sereno.

—No hijo; no lo sé—contesté á mi amigo.

—¡Pues nada! ¡una tontería! Que estaba aquí sentado tomando Moka, sin meterme con nadie, tranquilamente y sin saber por qué ni por dónde, me han *arreado* un enorme golpe en este ojo. ¡Fíjate! Fíjate como me lo han puesto!

Me fijé. En efecto: Polo tenía un ojo como una sandía. El autor del *trancazo* estuvo á dos pelos de vaciárselo.

—¡Oye! ¡Oye! ¡Si me parece que te lo han saltado!—exclamé examinando aquello que parecía la huella de una horradura.

(1) Brutalidades del Gran Oliverio Polo.—2.ª Serie.

—¡Me abrasso en mil cingulas!; ¿pero es verdad? ¡No me lo digas! ¡No me lo digas que me como La Equitativa!—Al Gitano le dió un ataque de locura *Kolosal* y rompió de una patada un escaparate.

¿Quién había sido el *guapo* que le estropeó el *físico* á Oliverio?

II

Oliverio Polo, el bravísimo Oliverio Polo, furioso como un chacal, andaba averiguando, buscando para descubrir al autor del porrazo.

Yo fui más afortunado que él en mis husmeos. Tuve una confidencia que me puso sobre la pista del *gracioso*.

Una camarera del mismo café donde sucedió el *desaguisado* y que guardaba el recuerdo de la fisonomía, del *vacía-órbitas*, me lo mostró.

Era un cura, un vejete apergaminado y contrahecho que estaba un millón de veces más loco que Polo. Esto lo comprobé después.

Isaías Rum-Rum, que no pudo llegar á Obispo de puro *asno*, le dió por las matemáticas, por los cálculos algebraicos y perdió un día el juicio al ajustar la cuenta de tres docenas de huevos á nueve *perros*. Y el logaritmo, absorbió por completo su atención y constituyó su monomanía.

III

Yo tengo muy mala idea y además siento la poderosa atracción del *chinchorro*. Decirme la camarerita quién era el del puñetazo y lanzarme á buscar á Oliverio hasta el otro mundo, todo fué uno.

Y lo encontré ¡vaya si lo encontré!

—¡Ya! ¡Ya sé quién te ha hecho eso!—le dije.

—¿Quién? ¿Quién?—á Polo le brillaban las pupilas sinistramente.

—Pues un cura que está loco, y que según él, ha querido hallarte el logaritmo de ese ojo.

—El log... ¿qué? ¿el qué?—un par de banderillas de fuego no le hacen al *director de El Caos*, el efecto que lo del logaritmo.

Y seguidamente combinamos un plan. Nos iríamos al café y la camarera nos lo enseñaría cuando pasara por allí.

IV

Llevamos dos horas esperando y Rum-Rum no parecía por parte alguna.

En el extremo de la calle apareció un coche.

En el coche iba un sacerdote con el Santo Viático.

Y lentamente al sonido acompasado de la campanilla cruzó por la puerta del Café.

—¡Esel ¡ese es el del ojo!—gritó Gloria la camarera detrás de nosotros.

Como un tigre se levantó Oliverio y sin aguardar á más ni reparar en nada, se *abrochó* á tiros con el coche.

Decididamente Oliverio Polo, era el *chulo* más *chulo* del Orbe.

ROBERTO ACOSTA

Madrid-1915.